

La epopeya de la clausura

Las mil y una bibliotecas

Christopher Domínguez Michael

Nacido en Buenos Aires y ciudadano canadiense, Alberto Manguel (1948) publicó un hermoso libro, *La biblioteca de noche* (2008), que completa ese atlas de la lectura y de sus artes que con *Una historia de la lectura* y *Guía de lugares imaginarios*, este ensayista de lengua inglesa ha venido escribiendo. Al instalar su propia biblioteca en lo que fue un granero en el sur de Francia, en el año 2000, Manguel comenzó a meditar en el sentido de las bibliotecas, en su historia y en su futuro. No se ahorró mencionar la soledad y la alegría de quienes viven entre libros, nuestras ilusiones y nuestras pesadillas, atento a los remotos fundadores de la biblioteca de Alejandría y a los actuales usuarios de las infinitas bibliotecas virtuales, pasando por los niños judíos que, en

un campo de concentración nazi, llegaron a resguardar una biblioteca de ocho libros. De *La biblioteca de noche* he seleccionado algunos fragmentos, encabezados por el título de los capítulos en que Manguel los ha dispuesto.

LA BIBLIOTECA COMO MITO

Mis libros encierran entre sus cubiertas todas las historias que he conocido y que aún recuerdo, o la que he olvidado, o las que puedo leer algún día; llenan el espacio que me rodea de voces antiguas y nuevas. Sin duda esas historias existen igualmente en la página durante el día pero, quizá, debido a la familiaridad de la noche con apariencias

fantasmales y sueños reveladores, adquieren una presencia más vívida cuando se pone el sol (p. 35).

LA BIBLIOTECA COMO ESPACIO

Más tarde, en mi casa de Toronto, coloqué estanterías en todas partes, en los dormitorios y en la cocina, en los pasillos y en el baño. Hasta en el porche cubierto había estantes, de forma que mis hijos se quejaban de tener la sensación de necesitar un carné de biblioteca para entrar en su propia casa. Pero mis libros, a pesar de disfrutar de aquel lugar de honor, nunca se daban por satisfechos. La sección de novela policiaca, alojada en el dormitorio del sótano, superaba de



Alberto Manguel fotografiado por Jorge Sclar, 2004





Biblioteca de Alberto Manguel al sur de Francia



pronto el espacio asignado y me veía obligado a trasladarla arriba, a una de las paredes del pasillo, desplazando la sección de literatura en francés, con lo cual me veía obligado a dividir esta última, a regañadientes, en literatura de Quebec, literatura francesa y literatura de otros países francófonos. Me resultaba extremadamente irritante tener, por ejemplo, a Aimé Césaire, por ejemplo, separado de sus amigos Éluard y Breton... (p. 103).

LA BIBLIOTECA COMO AZAR

Una biblioteca no sólo es un lugar de orden y de caos; es también el reino del azar. Los libros, aun después de tener asignado un estante y un número, conservan una movilidad propia. Abandonados a sus propios recursos, se reúnen formando agrupaciones inesperadas obedeciendo a reglas secretas de similitud, genealogías nunca registradas o intereses y temas comunes (p. 221).

LA BIBLIOTECA COMO TALLER

La habitación en la que un escritor (esa subespecie de lector) se rodea de los materiales que necesita para realizar su trabajo adquiere una cualidad animal, como de guarida o nido, que contiene la forma de su cuerpo y ofrece un receptáculo para sus pensamientos. Aquí puede sentirse cómodo entre sus libros, puede ser un lector tan monógamo o polígamo como desee, puede elegir un clásico consagrado o un novel ignorado, puede dejar argumentos sin acabar, comenzar por cualquier página de un libro

abierto al azar, pasarse la noche leyendo en voz alta a sí mismo, como dijo Virgilio, bajo “el amable silencio de la luna silenciosa” (p. 238).

LA BIBLIOTECA COMO MENTE

Mi biblioteca no tiene catálogo: al haber colocado yo mismo los libros en los estantes, en la mayoría de los casos puedo conocer su ubicación recordando la disposición de las estanterías, de forma que las zonas de luz u oscuridad no afectan mucho a mi exploración. La ordenación recordada sigue en mi mente un esquema, el de la forma y división de la biblioteca, del mismo modo que el astrólogo conecta, formando esquemas narrativos, los puntos de luz de las estrellas, pero, a su vez, la biblioteca contiene la configuración de mi mente, su astrólogo en la distancia (pp. 255–256).

LA BIBLIOTECA COMO ISLA

Para los usuarios de la red, el pasado (la tradición que conduce a nuestro presente electrónico) es irrelevante, ya que lo único que importa es lo que se ve en un momento determinado. Comparado con un libro cuyo aspecto físico delata su edad, el texto que traemos a la pantalla no tiene historia. El espacio electrónico carece de fronteras (p. 297).

LA BIBLIOTECA COMO HOGAR

El monstruo de Frankenstein, al no tener biblioteca propia, busca su reflejo en cada

libro que encuentra, aunque nunca consigue reconocer su propia historia en esas páginas ajenas (p. 410).

CONCLUSIÓN

Si la biblioteca de Alejandría fue el símbolo de nuestra ambición de omnisciencia, la red es el símbolo de nuestra ambición de omnipresencia: la biblioteca que contenía todo se ha convertido en la biblioteca que contiene cualquier cosa (p. 422).

Entra en el dominio de la fatalidad poética que Manguel, según lo cuenta en *Con Borges* (2003), haya estado entre los voluntarios (no fueron pocos) que visitaban a Borges en su departamento de la calle de Maipú para leerle. La madre de Borges, doña Leonor, ya no podía ayudarlo, en ese entonces, con la lectura. Eran los años sesenta y Manguel salía de la adolescencia. Esto viene a cuento de que a *La biblioteca de noche*, tan borgesiana, le faltaría una reflexión sobre cómo Borges cambió nuestra idea de la biblioteca, le quitó su estatus, la convulsionó. Se me ocurre que la noción misma de biblioteca virtual, la captura de miles y miles de libros para su lectura en la red e inclusive la destrucción física de millones de ejemplares cuya vida útil terminará una vez que sean almacenados en ese infinito “palacio de la memoria” son ideas devastadoras ante las cuales nos preparó involuntariamente Borges. No es que haya profetizado Borges éste o aquel destino del libro y de las bibliotecas. No. Pero rodeó al libro de una metafísica que hoy nos acompaña y nos consuela. **U**